

La Ilustración Artística

Año XXVII

BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1908

Núm. 1.402

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

RECUERDO DE LA ESTANCIA DE SS. MM. EN BARCELONA



EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA D.^a VICTORIA EUGENIA

á la salida del Palacio de Bellas Artes el día de la fiesta escolar. (De fotografía de A. Merletti.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el tomo cuarto de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que será

MARIA ANTONIETA, ÍNTIMA.

El carácter histórico-aneecdótico de esta obra la hace en extremo interesante, pues en ella se nos presenta la infortunada soberana, como en el título se indica, en la intimidad, así en los días prósperos como en los aciagos.

El libro, ilustrado con reproducciones de grabados, estampas y facsímiles de la época existentes en los Museos y Bibliotecas de París, será uno de los tomos de nuestra biblioteca que se leerán con más agrado.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazan. — *S.M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona. La gran parada militar.* — Guillermo de Diez. — *La boda del príncipe Augusto con la princesa Alejandra Victoria.* — Fragmentos del monumento á los héroes de los sitios, por A. García Llansó. — *Espectáculos.* — *El vellocino de oro*, novela ilustrada (continuación). — *Los reyes de España en Halbhurn, en Zaragoza y en Barcelona.*

Grabados.— *El rey D. Alfonso XIII y la reina D.^a Victoria Eugenia.* — *La gran parada militar en Barcelona.* — Guillermo de Diez. — *El trompeta.* — *Descanso*, cuadros de G. de Diez. — *La boda del príncipe Augusto con la princesa Alejandra.* — *Excursión del rey D. Alfonso XIII á la comarca del Llobregat.* — *Los reyes de España en Zaragoza.* — Monumento Los Sitios, obra de A. Querol. — *Buenos Aires. Medalla conmemorativa.* — *Cáliz de oro regalado al papa Pío X.* — José Cusachs. — *Los reyes de España en Halbhurn y en Barcelona.* — *Caricaturas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguna vez las modas (asunto que parece frívolo y no lo es tanto como parece) se imponen á la crónica de actualidad, no porque ésta trate de hacer competencia á los artículos de fondo de los figurines, sino porque en la vida, cuya trama da tela á la susodicha crónica, la cuestión de las modas ocupa lugar, cada día en mayores extensiones del globo—síntoma también muy revelador y elocuente.

Sin ser corta, tampoco es mi vida la de un patriarca Matusalem, y en ella cabe ya el recuerdo de épocas en que la moda estaba muy circunscrita y en que el trapo no influía la centésima parte que hoy. La nivelación casi absoluta del modo de vestir amaga á Europa, introduciendo en las diversas clases sociales fermentos de inquietud y corrupción. Sólo un poco de buen sentido y mucho de buen gusto podrían poner diques á esta marea de lo que no llamaré lujo, pero sí desorden en la indumentaria.

Vaya un ejemplo. De los artículos más desquiciados en la vestimenta, es el sombrero de las señoras. Ya sé que este es un tema muy resobado, pero se nos impone con afluente apremio.

¿Cuál es el objeto del sombrero?, empecemos por preguntar. Distinguir á las «señoras» del pueblo, de las «artesanas» (esto acaso en primer término); rematar la *toilette*, y cubrir y resguardar (en último término, naturalmente) la cabeza.—Fijémonos en cada uno de estos fines, y en cómo los llena la moda de 1908-1909.

Habría, por lo pronto, que especificar en qué (además del sombrero) se diferencia una «señora» de una «artesana.» Dejémosnos de conceptos morales, de si es ó no es señora la que se conduce de un modo ó de otro, de si la que está en su casa es tan señora como, verbigracia, la princesa de Mentzikoff; olvidemos que la cortesía da el nombre de *señoras* á las mujeres ocupadas en labores humildes..., y tomemos como norma vulgar del «señorío» el hecho de que una mujer sea lo bastante rica ó acomodada para no necesitar dedicarse al trabajo manual. Es decir, que la «señora» empieza donde empieza la clase media desahogada; y es decir, que, siendo innumerables las mujeres de la clase media laboriosa y menesterosa, hay en realidad muchas menos señoras de lo que acaso se pudiese suponer, y debían gastarse más pañolitos que sombreros (toda vez que cayó en desuso la mantilla nacional).

Hablo de España. En Francia el sombrero es el tocado usual y corriente, y las francesas pobres tienen el arte de arreglarse unos sombreritos baratos y adecuados á su objeto, con los cuales están graciosas y monísimas.

No sucede otro tanto aquí. Como entre nosotros el sombrero no es indígena, sino trasplantado, las mujeres que lo usan sin poderlo usar, sin deberlo usar, pagan la pena llevando cada pantalla y cada serón de higos que horripila. No hay adaptación al sombrero sino en las clases donde, como indiqué, el sombrero puede salir á escena con el aparato que su argumento requiere.

En efecto, llegan aquí los figurines, el primer surtido de invierno, y toma el rábano por las hojas la clientela de las modistas, incitada al gasto por ellas, que naturalmente quieren vender. En vez de pensar las señoras si están en el caso de armonizar con el sombrero la vida, sueñan quizás, ante el armatoste de terciopelo ó fieltro, más empenachado que cimera heráldica, otra vida, una existencia de triunfos de elegancia, de sugerencias envidiosas, de gran *chic* á todo trapo. Y aflojan los quince, los veinte duros, y el cartón llega á la casa modesta, y queda depositado sobre el sofá de yute, al lado de la pieza de madapolán que han enviado de otra tienda, para hacer camisas baratas, á máquina y á domicilio. No se sabe dónde colocar el magnífico sombrero: no hay armario en que quepa: es preciso que los chiquillos no lo manoseen, que se evite la curiosidad de la fámula. las preguntas y las admiraciones de la vecina del tercero. En consejo de familia se exhibe la prenda: ¿es bonita?, ¿es original?, ¿cae bien? El esposo tuerce el gesto, porque le duele el bolsillo; las niñas encuentran el sombrero algo «atrevido» para mamá; la hermana habla de otro idéntico que ha visto en otro sitio y que cuesta cinco duros menos, ¡cinco durazos! Llega el día de estrenar. Es de rigor que haga buen tiempo, que se reunan determinadas circunstancias, y que toque ir de visita á casa de las amigas á quienes es sabroso *epatar* (¡galicismo irremplazable y horrendo!) Y la señora se echa á la calle, empavesada—pero sin que el resto del atavío corresponda al sombrero ni por semejas,—caminando despacio y oscilando las plumas á cada paso que da, como las de la condesa de Carrión en los bufonescas *Campanas*...

Todo ello significa que el sombrero no puede comprarse sólo porque tenga novedad y muchas «fantasías» y que, si se da de cachetes con todo el resto de la situación que ocupa la mujer, es buena mente ridículo. La mujer que va en coche puede permitirse sombreros que están vedados á la infantería. La mujer que adquiere cinco ó seis sombreros á principio de estación, puede dar rienda suelta al capricho, lo cual no le es lícito á la que ha de contentarse con uno solo. El sombrero (es elemental) ha de guardar relación con las ocasiones de usarlo.

Esta misma afirmación es censura de las locas exageraciones de los sombreros actuales, que convierten á la mujer, escurrida por abajo é inmensa por arriba, en clavo romano, hongo disforme ó sombrilla japonesa abierta. Noto que acabo de decir que la mujer en coche está facultada para excederse en el sombrero, y me apresuro á rectificar. Con los sombreros del día, tendrá que ir siempre en coche abierto; de otro modo, no cabe, ni por la portezuela ni ya sentada en el interior. Y ¿sabéis la íntima desolación de la mujer á quien se le tuerce el sombrero? ¿Sabéis el martirio de las horquillas desbaratadas, del peinado revuelto, de las agujas que se hincan en el cráneo?

Natural parecería—si la mujer mirase por su bienestar, no opuesto, al contrario, á su atractivo y seducción—que jamás hubiese consentido sombreros que, ó por sus desmedidas proporciones ó por su forma ilógica, son una tortura. Sombrero hay que no se sabe cómo ni por dónde fijarlo en la cabeza. Sombrero hay que pesa un *kilo*, *kilo* y medio... con los accesorios. Sombrero hay que guña irremesiblemente hacia un lado, por haber recargado en él la modista el adorno, por ende el peso, y existir, mientras no se demuestre científicamente lo contrario, la ley de gravedad...

Para consolarnos de todas estas imperfecciones, sobras más bien que faltas, nos dicen los periódicos que han sido lanzados á la circulación sombreros de un metro cincuenta de diámetro, tres de circunferencia, y tres mil francos de coste.

Demos por seguro que se trata de una extravagancia estrepitosa, destinada á lanzar por el reclamo y el alboroto á una actriz, á una hétera ó á una chiflada suelta, de esas que necesitan el ruido y el asombro de los papanatas. Aun así, convengamos en que es *síntoma*, como lo es también el escurrido de las faldas y los ligamentos y plomos que les prestan la «silueta de tirabuzón» (¡otro galicismo crispante!) reclamada por la moda.

No soy yo nada enemiga de que la moda impere. Ello ha sucedido siempre, y no se adaptan á sus exigencias las mujeres tan sólo: los hombres las acatan, so pena de ir hechos unas estantiguas. Sin embargo, ciertas modas y ciertos estilos van contra lo poco que ha progresado la mujer. Observemos cómo la moda encierra un sentido simbólico. En Turquía el velo, en China la deformación del pie, son el símbolo de la sujeción y del atraso de las hembras. Si en Europa prevalecen hechuras que imposibilitan á la mujer para andar, entrar, salir, moverse, hacer

vida activa, en suma, es lo mismo que desandar los cortos pasos andados y volver á los tiempos de la pierna quebrada, las rejas y los cerrojos. La esclavitud femenina está apuntalada también por la moda.

Debiera establecerse un Sindicato de señoras elegantes—en los países donde se confeccionan los modelos y se guisan las novedades—para rechazar enérgicamente toda innovación contraria á la comodidad. Que discurran y varíen sin causar molestias, sin atentar á lo más precioso, la salud y la facilidad del existir. Esas señoras sindicadas imponiéndose á los modistos, haciendo el vacío á las invenciones funestas, serían más útiles á su sexo que las sufragistas—ó por lo menos, tanto.

Al lado de las faldas de medio paso con cola delante y detrás y los sombreros aeroplanos, parece que ha asomado, tímida y sin probabilidades de victoria, una tentativa de falda-pantalón.

Relativamente á la *divided skirt* y á las *turkish leglettes* ó bombachos de hace años, de las cuales hablé entonces en *El Imparcial*, pareceme la falda-pantalón un retroceso. Ni es cómoda, ni es decente; ventajas que la *divided skirt* (falda partida) reunía por completo. Creo, no obstante, que no es necesario poner en prensa el discurso ni hacer cosas raras para conseguir que el traje de la mujer no la incapacite para andar. Las faldas *trotonas* son excelentes sin más que acortarlas todavía un par de dedos, especialmente en la estación lluviosa. Llevar faldas no es ni malo ni bueno; lo terrible es llevarlas arrastrando por el barro, ó quedarse manca por levantarlas incesantemente. Se diría que un adarme de razón comienza á sazonar el cerebro de las mujeres, en vista de que han adoptado las trotonas y se han encariñado con ellas. Por tal camino llegarán á la reforma racional del traje.

Como todas las reformas, si han de ser duraderas, esta del traje tiene que apoyarse en la tradición, y no hay nada más tradicional que las faldas mujeres. No conviene renunciar á ellas; son prácticas y tienen sus razones de ser anatómicas. La falda partida respondía á muchas exigencias, y en su forma se diferenciaba poco de la falda trotona sin partir; pero asustaba á los filisteos aquellos de que habló Heine, y los filisteos también merecen algún respeto, siquiera porque son como aquellos adornos del sombrero á que nos referíamos antes, y que lo inclinan á la derecha ó á la izquierda con su pesadumbre. Todos los inconvenientes se obvian con agarrar las tijeras y acortar las faldas á la altura del tobillo, cuando se quiera andar á pie, andar aprisa, no recoger gérmenes infecciosos y no ir remangando y apretujando la ropa contra las formas del cuerpo, unas veces demasiado eurítmicas y otras demasiado... visibles.

Y vuelvo á decirlo: en los salones no rigen estas leyes. Allí no importa pisarse la vestimenta al andar, ni que le planten una bota encima á la creación de los sucesores de Paquin ó de cualquier otro engatusador de señoras. Mejor; el comercio marcha. En los salones se va á eso, á lucir y estropear ropa, y á inclinarse ante todo lo estorboso, inútil y nocivo, con tal que sea bonito, ó que lo parezca en determinado momento y en virtud de las corrientes del gusto reinantes.

Así, la futura duquesa de los Abruzzos hace bien en derrochar millones en su discutido y celebrado equipo de boda. Puesto que esos millones no le eran necesarios, los tira así, como podría tirarlos de otra manera y con menos lucimiento. ¡Va tanto de mujer á mujer! Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyérase que sin clases, sin aristocracias, ha venido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades.

He ahí una *miss* á quien se le pone mala cara en un palacio, y no sé si orgullosa ó si implorante, defiende su causa por medio de alenzones, venecias, valencienes (sáqueme Cavia del apuro), malinas, batisas, tules, diamantes y perlas. La antigua pastorcita á quien despojaban del zagalejo encarnado para vestirla de manto real, se ha convertido en la plutócrata dorada á fuego é incrustada de pedrería, que viene acaso á reirse disimuladamente del ajuar y el guardajoyas de las reinas del viejo mundo... Entrará en el Quirinal la *miss*, dando dentera y picando los ojos á las damas que pasan apuros para refrescar los pingos..., y sonreirá complacida al extender la cola de su traje nupcial, salpicada de azahares y toda rebordada de plata. Es la paloma mensajera de un Estado democrático, y es la negación de cuanto esa democracia representa, porque el oro es rey, emperador, señor feudal, cómitre y cabo de vara de la humanidad mísera...

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA.—LA GRAN PARADA MILITAR

La gran parada militar efectuada en la mañana del día 3 de los corrientes, fué un espectáculo brillante. Tomaron parte en ella 10.000 hombres, que formaron en la Granvía Diagonal, desde el Paseo de San Juan, y en el Paseo de Gracia hasta la entrada de la calle Mayor, por el orden siguiente: brigada montada al mando del general Brandeis y compuesta de fuerzas de caballería, artillería y guardia civil; división de infantería mandada por el general gobernador Sr. Cortés, y brigada de cazadores al mando del general Imaz.

Las tropas vestían traje de gala sin mochila, y mandaba la línea el capitán general don Arsenio Linares.

A las once y media salió el rey de la capitanía general, acompañado de un brillante estado mayor, del que formaban parte el jefe de la casa militar señor conde del Serrallo y los ayudantes del monarca. Precedían y seguían á D. Alfonso XIII las fuerzas del escuadrón de la escolta real al mando del tenien-

te coronel vizconde de Uzqueta. Vestía S. M. el uniforme de gala de capitán general de húsares de Pa-

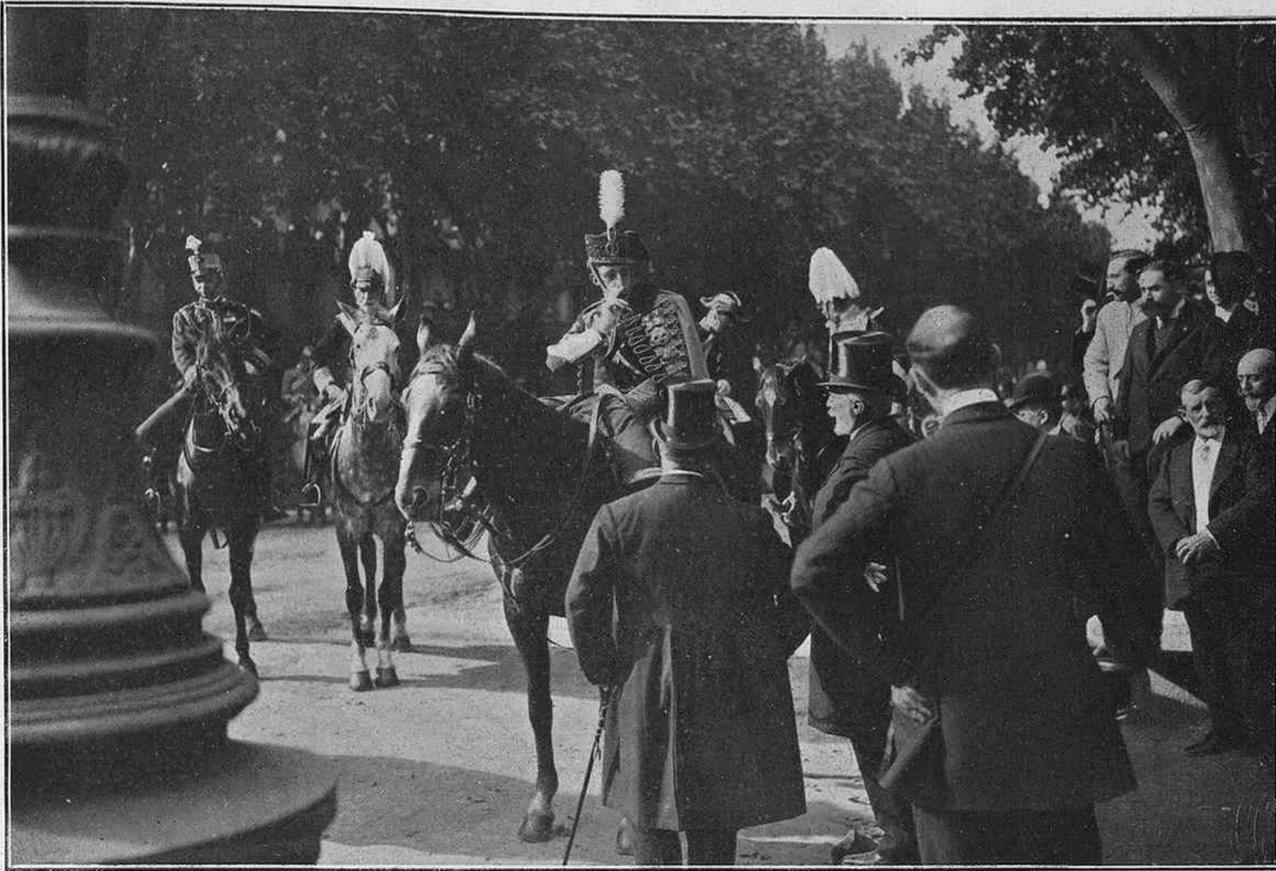
El rey revistó las tropas, y terminada la revista, situóse en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca, y desde allí presenció el desfile de las fuerzas, marchando éstas en columna por secciones, la artillería al trote y al galope la caballería.

Cuando hubo desfilado la última sección, que era el primer regimiento de artillería de montaña, S. M., precedido y seguido de la escolta real y del estado mayor, emprendió la marcha al galope por el Paseo de Gracia en dirección á la capitanía general.

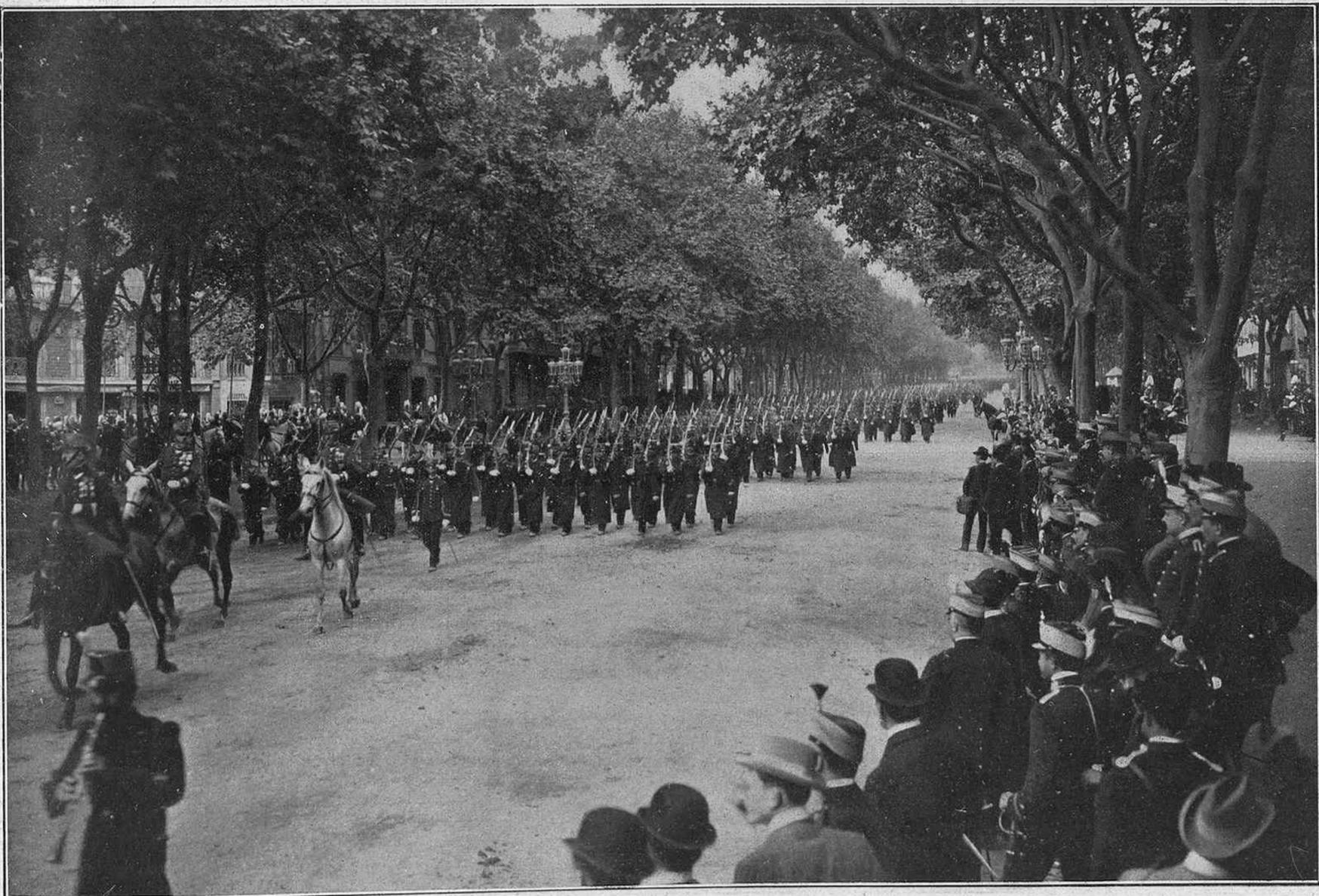
La parada militar fué presenciada por un público numerosísimo que aclamó á S. M.

El rey felicitó al general Linares por el orden y la marcialidad de las tropas que figuraron en la parada, felicitación que el general transmitió á aquéllas por medio de una orden del día redactada en los términos más laudatorios.

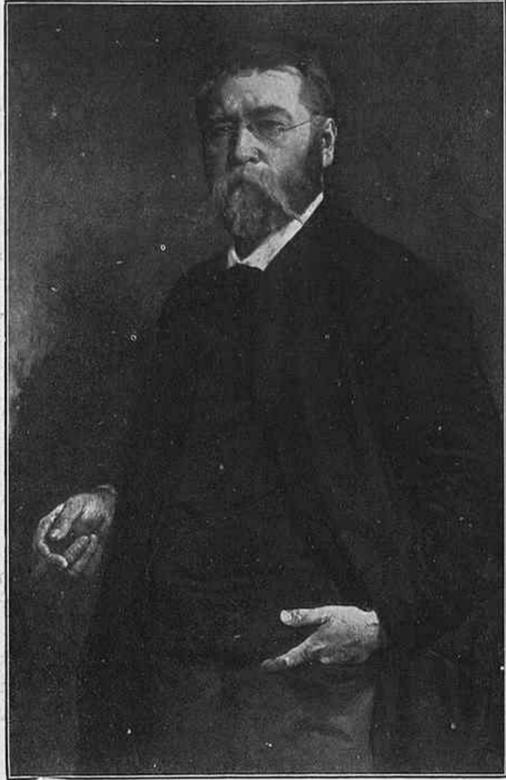
Las fotografías que reproducimos en esta página son de nuestro reportero fotográfico Sr. Merletti.



S. M. el rey D. Alfonso XIII después de revistar las tropas y de presenciar el desfile en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca. S. M. conversa con el Sr. Maura y gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo



Desfile de las tropas que han tomado parte en la parada militar. Paso de la división de infantería por delante de S. M. y el estado mayor, situados en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca



El célebre pintor alemán Guillermo de Díez

GUILLERMO DE DÍEZ

Este eminente pintor alemán, uno de los que á mayor altura han sostenido la fama de la célebre escuela muniquense y cuya muerte, acaecida en febrero de 1907, fué una pérdida inmensa para el arte germánico, había nacido en 1839 y pertenecía al número de esos artistas que todo lo deben á su propio esfuerzo. Tanto es así, que casi puede afirmarse que no tuvo maestro, puesto que sólo unos pocos días estuvo en el taller de Piloty.

Desde muy niño demostró aptitudes especiales para el dibujo, en vista de lo cual su padre le hizo entrar primero en la Escuela de Artes y Oficios de Beyruth, su ciudad natal, y posteriormente en la Escuela Politécnica y en la Academia de Munich; mas no fué en la academia ni en la escuela en donde aprendió el arte que tanta fama había de proporcionarle, sino estudiando en los museos á los grandes maestros y sobre todo poniéndose en contacto íntimo con la naturaleza y frecuentando todos aquellos lugares en que más espontánea se ofrece la vida del pueblo.

De este modo, empapándose, por decirlo así, en la realidad y asimilándose las enseñanzas de los mejores modelos, logró esa seguridad, ese vigor, ese sentimiento de la verdad que caracterizan sus composiciones, incluso aquellas que reproducen escenas y tipos de otras épocas, puesto que sus profundos estudios artísticos y literarios le proporcionaron un conocimiento exacto y sólido del modo de ser y del espíritu de los pasados tiempos.

Su estilo y sus tendencias son reflejo vivo de lo que fué el gusto muniquense en los comienzos del último tercio del siglo XIX, período en el cual la vida de Munich se inspiraba en un entusiasmo por todo lo que tenía relación con el Renacimiento y el estilo

gótico, entusiasmo que fué una sana reacción contra una época anterior de gran pobreza artística. De aquel período fueron la quintaesencia los cuadros de Díez.

yor aprecio de día en día. Pero en donde se nos presenta aún más grande es en sus dibujos, que, siendo de distinto género, pueden, sin embargo, compararse con las producciones clásicas de Mézel.



El trompeta, cuadro de Guillermo de Díez

Guillermo de Díez fué un gran pintor; sus lienzos, ya muy estimados en vida del artista, adquieren ma-

Menos correcto quizás, menos delicado que éste, Díez pone en sus dibujos toda la fuerza de un temperamento vigoroso.

Como Mézel también amó la soledad, no por misantropía, sino para substraerse al ruido y al movimiento que pudieran turbar sus sensaciones; y encerrado en su taller, cuidóse exclusivamente de sus discípulos y de sus cuadros, que nunca le parecían bastante perfectos y que retocaba sin cesar.

Fué profesor de la Academia de Munich y bajo su dirección se formó una pléyade de artistas que hoy son honra de aquella escuela y entre los cuales citaremos sólo, como los más culminantes, á Conrado Egersdorfer, á Adolfo Ehtler, á Carlos Fröschl, á Max Slevogt, á Guillermo Trübner y á Alfredo Zimmermann.

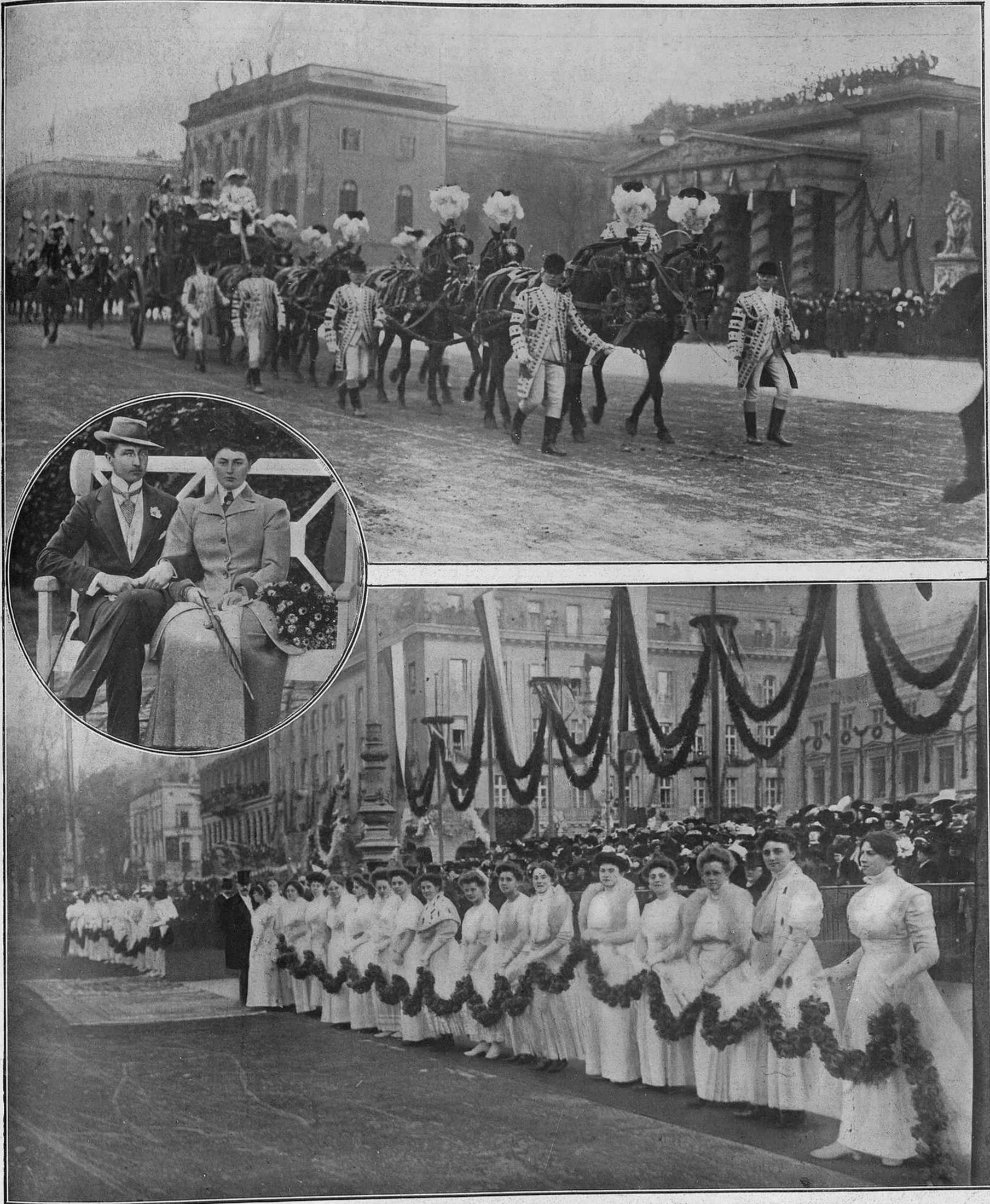
Cultivó los más diversos géneros y en todos ellos produjo obras admirables. Sus paisajes tienen toda la frescura de la naturaleza; sus escenas campestres rebosan de vida y animación; sus tipos de soldados de otros tiempos parecen pintados por artistas coetáneos suyos, y sus cuadros de costumbres, sus figuras de actualidad, son de un realismo de la mejor ley y nos dan la visión de la realidad misma.

La escuela muniquense y la alemana en general pueden estar orgullosas de haber inscrito en sus anales artísticos el nombre de pintor tan ilustre y tan universalmente admirado.—P.



Descanso, cuadro de Guillermo de Díez

La boda del príncipe Augusto de Alemania con la princesa Alejandra Victoria de Slesvig-Holstein



Entrada solemne de la princesa en Berlín.—El príncipe Augusto y la princesa Alejandra Victoria Las doncellas de honor esperando el paso de la novia en la puerta de Brandeburgo. (De fotografías de Carlos Delius y A. Harlingue.)

El día 22 de octubre último celebróse en el palacio imperial de Berlín la boda del príncipe Augusto Guillermo, cuarto hijo del emperador, con su prima la princesa Alejandra Victoria de Slesvig-Holstein.

El día antes, la novia había hecho su entrada solemne en aquella capital en una magnífica carroza tirada por seis caballos; en la puerta de Brandeburgo, en donde la esperaban treinta y seis doncellas de honor, fué recibida por las autoridades berlinesas, y desde allí, por el paseo de los Tilos, dirigióse al palacio entre las aclamaciones de la multitud. En el trayecto estaban formados los estudiantes, las corporaciones, las asociaciones de veteranos y la Federación de los tiradores.

La ceremonia del matrimonio civil efectuóse en uno de los salones del palacio y la reli-

giosa en la capilla del mismo, habiendo asistido á la primera los parientes más próximos de las familias de los desposados, y á la segunda, además de éstos, varios príncipes, el cuerpo diplomático y otros altos personajes. En el banquete de boda el emperador dió un viva en honor de los novios y les recordó que vivir significaba trabajar y que trabajar era realizar esfuerzos por la patria y por el bien del pueblo. Después del banquete hubo la tradicional danza de las antorchas.

El príncipe Augusto, que, al revés de su hermano, tiene más afición á la vida civil que á la militar, es doctor por la Universidad de Estrasburgo y nació en Potsdam en 26 de enero de 1887.

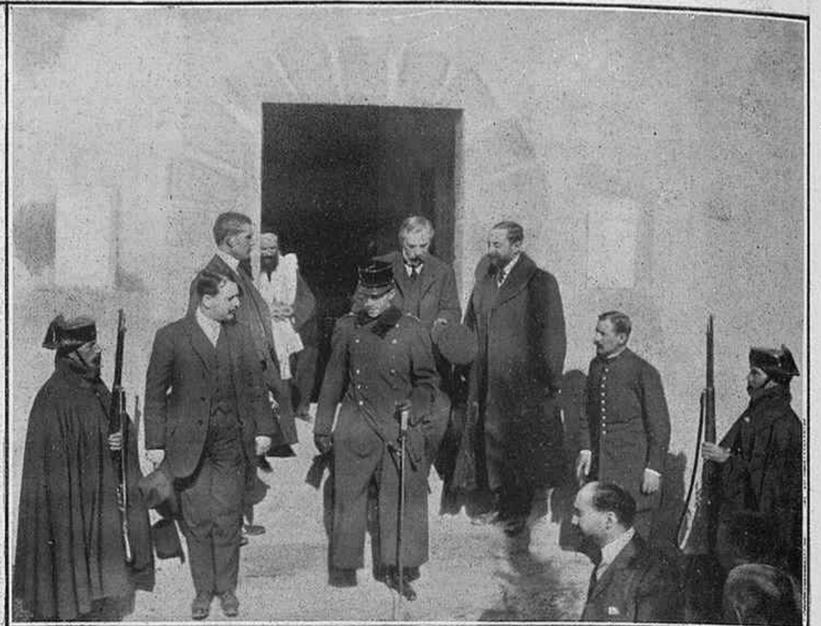
La princesa Alejandra nació en 21 de abril del mismo año.

EXCURSIÓN DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A LA COMARCA DEL LLOBREGAT

(De fotografías de A. Merletti.)



En Manresa.— S. M. disponiéndose á subir al automóvil para dirigirse á Sallent, Navás y Puigreig, después de haber sido saludado por el alcalde y de haber revistado el batallón de Cazadores de Reus, que le hizo los honores en la estación.



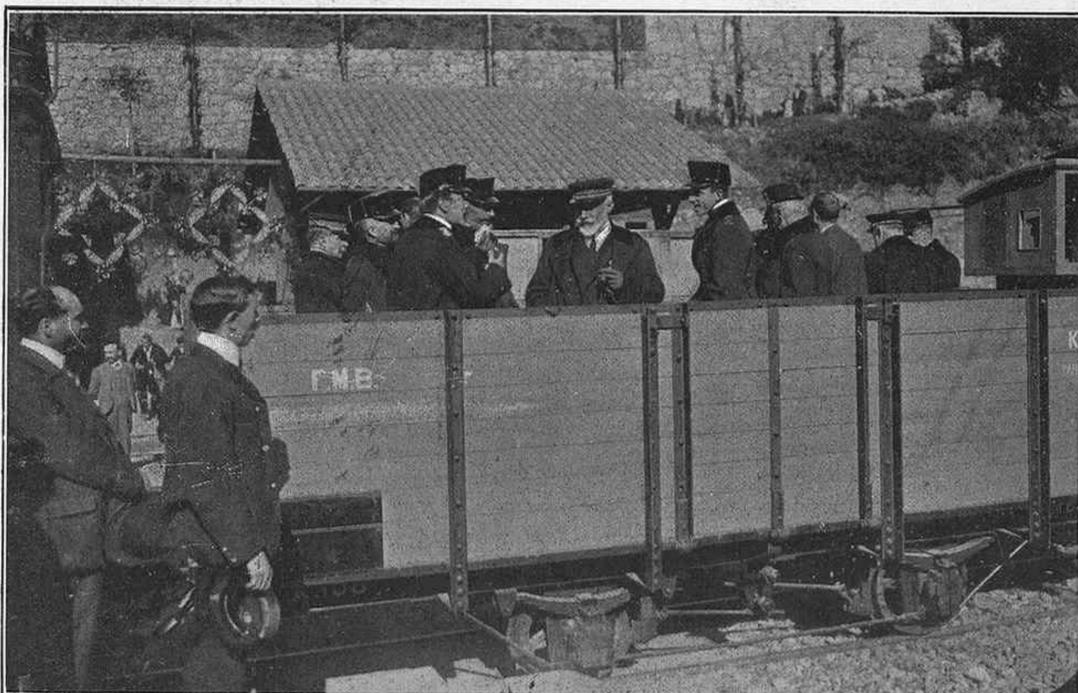
En las minas de Figols.— S. M. á la salida de la capilla particular del Sr. Olano, propietario de las minas, después de oír la misa que celebró el obispo de Solsona el día 1.º de los corrientes.



En la colonia Rosal.— S. M. visitando las dependencias de la colonia en donde se había dispuesto una exposición de productos agrícolas que el rey visitó detenidamente, acompañado de los dueños de la colonia los hermanos Sres. Rosal.



En la Pobra de Lillet.— Recepción campestre durante la que desfilaron por delante de S. M. ayuntamientos de los pueblos de la comarca, diputados provinciales, varios fabricantes, sociedades, somatenes y los niños de las escuelas públicas.



S. M. en una vagoneta descubierta á la salida de las minas de Figols para dirigirse á Guardiola y la Pobra de Lillet. Acompañaban al rey el presidente del Consejo de ministros, el general Echagüe, los ayudantes de S. M., el doctor Alabern, médico del rey, y otros personajes palatinos.



En la Pobra de Lillet.— S. M. visitando las dependencias de la importante fábrica de cementos «Asland.» D. Juan José Ferrer y Güell explica á D. Alfonso XIII la organización y el funcionamiento de la fábrica.

SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA EUGENIA EN ZARAGOZA



Entrada de SS. MM. en Zaragoza. En el coche de los reyes va el alcalde de la ciudad. (De fotografía de Freudenthal.)

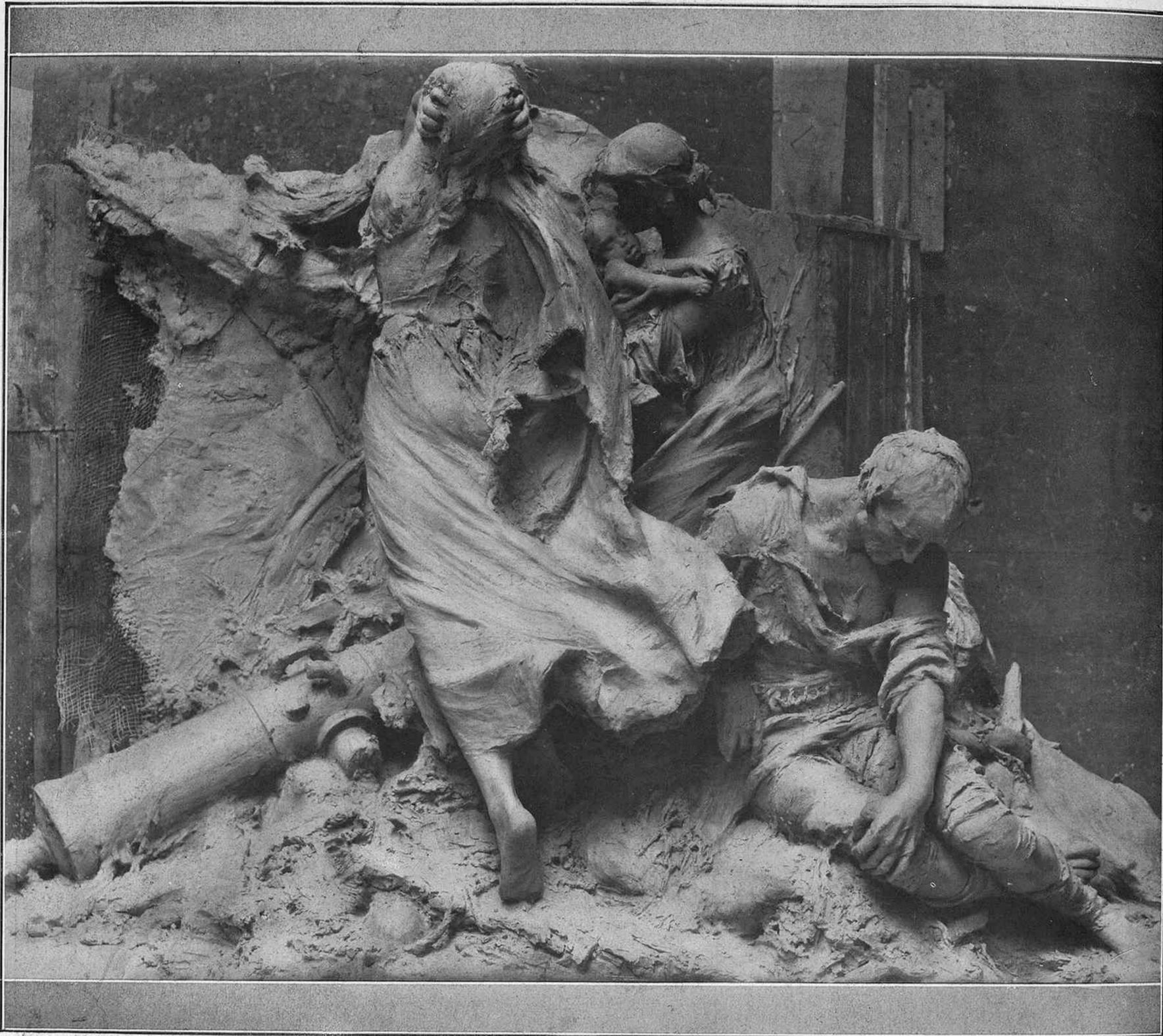


Inauguración por SS. MM. del monumento «Los Sitios», obra de Agustín Querol. (De fotografía de Ignacio Coyne.)

FRAGMENTOS DEL MONUMENTO A LOS HÉROES DE LOS SITIOS

OBRA DE AGUSTÍN QUEROL, INAUGURADO POR SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA EN ZARAGOZA

EL DÍA 28 DE OCTUBRE ÚLTIMO



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol

A modo de complemento de cuanto consignamos en el número 1.398 de esta Revista acerca de tan notable obra, la última que ha ejecutado el ilustre escultor Agustín Querol, damos á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería del autor, otros tres fragmentos de la grandiosa composición que, arrancando de la amplia escalinata en que se asienta el monumento, asciende y se enlaza armónicamente con el cuerpo de la obra. En los tres fragmentos que reproducimos desarróllase y se completa la epopeya zaragozana: en ellos vense representados los gloriosos hechos cuyo recuerdo ha conservado la tradición y la historia; allí puede apreciarse en toda su extensión el aliento y la poderosa concepción del artista, cuyo temperamento y genialidad ha hallado tema apropiado para manifestarse, condensando en tan hermosa producción el doble concepto de glorificar el heroísmo y simbolizar el amor á la patria.

Si Querol ha correspondido á satisfacer los deseos y aspiraciones de los iniciadores del proyecto del monumento y si ha sabido expresar el sentimiento del pueblo zaragozano, atestigüalo la explosión de entusiasmo que produjo su vista al descorrer S. M. el rey el paño que lo cubría en el solemne

acto de su inauguración, ocurrido el día 28 de octubre último. Los plácemes de los monarcas, la efusiva felicitación del señor presidente del Consejo de Ministros y los vítores de los asistentes, ha de estimarlos el artista como el general reconocimiento de sus méritos, como la genuina expresión de la afectuosa consideración que se dedica á quien como él ha logrado encarnar en la piedra y el bronce el sentimiento de un pueblo, que por fortuna se aviva cuando se honra la memoria de sus mayores y se engrandece á la patria.

Allí en Zaragoza ha podido gozar Querol de la mayor satisfacción que le es dable experimentar á un artista; allí, desde la más alta representación del Estado, personificada en nuestros reyes, hasta la de todas las clases y estamentos, han proclamado al artista y han ensalzado su última obra. ¿Qué más podía desear?

Aires de simpatía han conducido hasta aquí el eco de los aplausos, el rumor de los plácemes. A ellos unimos los nuestros, deseando que nuestro amigo nos procure nueva ocasión para felicitarle, en bien de su nombre y en provecho del arte patrio.—A. GARCIA LLANSÓ.



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol

MEDALLA CONMEMORATIVA

Dentro de pocos días se celebrará en la capital de la República Argentina el quincuagésimo aniversario de la fundación del Colegio Pontificio Pío Latino-Americano, que fué instituido en Roma el día 21 de noviembre de 1858 por monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, bajo los auspicios de S. S. Pío IX.

Ese colegio, creado con el objeto de que en él se formase el clero americano, ha dado resultados excelentes, pues de él han salido en el espacio de medio siglo numerosísimos sacerdotes sabios, ilustrados y virtuosos. Pío IX, León XIII y el actual pontífice Pío X le han dispensado siempre gran protección, convencidos de que protegían una obra de trascendencia é importancia extraordinarias.

Para conmemorar la fecha de la fundación del colegio los ex alumnos del mismo han hecho acuñar la artística y bellísima medalla que adjunta reproducimos y que ha salido de los acreditados talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi. En el anverso se ven los bustos de los tres citados papas, la leyenda dedicatoria y encima de ésta la tiara pontificia y debajo el escudo de la República Argentina. En el reverso, hay la vista del edificio del colegio, las dos fechas 1858-1908 y la noticia de la fundación.



Buenos Aires.—Conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación en Roma del Colegio Pontificio Pío Latino-Americano. — Medalla acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi por encargo de los ex alumnos del Colegio.

CALIZ DE ORO REGALADO AL PAPA PÍO X

Con motivo de su jubileo sacerdotal, ha recibido S. S. el papa Pío X innumerables regalos valiosísimos de todo el mundo. Uno de los más ricos y hermosos ha sido sin duda el magnífico cáliz que le ha ofrecido la juventud cristiana y que el grabado adjunto reproduce, obra admirable, así por su riqueza como por su valor artístico.



Cáliz de oro macizo y piedras preciosas ofrecido al Papa Pío X con motivo de su jubileo sacerdotal por la Juventud cristiana. (De fotografía comunicada por Carlos Trampas.)

Es de oro macizo y tiene 32 centímetros de alto; el cuerpo superior ostenta tres bajos relieves que representan escenas de la Biblia, y entre ellos ángeles y serafines con azucenas y al-

gunas alegorías; en el central, tres preciosas estatuillas simbolizan la Fe, la Esperanza y la Caridad; y en el inferior hay otros tres bajos relieves, enlazados por elementos decorativos, tales como espigas, conchas y cintas, distribuidos con exquisito gusto.

Contribuyen al buen efecto y á la riqueza del cáliz dos círculos de brillantes de gran tamaño.

meros años decidida vocación, según lo demuestran las hojas de sus álbums repletas de dibujos interesantes, ejecutados al azar durante la campaña carlista como oficial ó al frente de la batería que le estaba confiada. Tipos, escenas, apuntes de campos de batalla, grupos de combatientes y notas curiosísimas enriquecen la colección á que nos referimos, que representan una á modo de historia documentada y pintoresca de aquel período de la guerra civil.

Dedicado por completo á su nueva profesión, concurrió durante algún tiempo al taller del malogrado pintor Simón Gómez, trasladándose á París para completar sus estudios y recibiendo también provechosas enseñanzas del célebre pintor Detaille.

Afirmadas sus cualidades y fijada su orientación artística, dedicóse á producir obras de carácter militar, confiándole la casa editorial Sucesores de N. Ramírez y C.ª la ilustración de la importante obra de Barado titulada *La vida militar*, en la que dió innegables muestras de sus conocimientos y de sus recomendables condiciones.

Difícil empresa sería hacer mención de sus obras, tan cuantiosa ha sido su labor. Bastará consignar que algunos de sus cuadros fueron adquiridos por monarcas tan inteligentes como el rey D. Luis de Portugal, encargándole Su Majestad la reina regente doña María Cristina el notable lienzo que representa á D. Alfonso XIII y su Estado mayor.

Obtuvo varias recompensas en muchas exposiciones. Durante los últimos años dedicóse con notable éxito á la representación de asuntos y escenas de *sport hípico*, utilizando sus estudios, así como á los retratos, entre ellos algunos de



José Cusachs, notable pintor fallecido en Barcelona el día 2 de los corrientes. (De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

S. M. el rey D. Alfonso XIII destinados á varios edificios públicos.

Lamentamos su desaparición de entre nosotros, y como amigos y admiradores del mérito, rendimos un tributo de consideración al artista que tanto supo distinguirse por su extraordinaria labor y por haber logrado singularizarse.

JOSÉ CUSACHS Y CUSACHS

Tras penosa y prolongada dolencia falleció el día 2 del corriente mes el conocido pintor militar José Cusachs y Cusachs, cuyas obras más importantes habíamos cabido la suerte de reproducir en esta Revista.

El que fué artista de no escasos merecimientos dedicóse á la pintura militar, asumiendo con el célebre Marcelino Unceta la representación de los pintores españoles dedicados á este género de producciones. Y preciso es convenir que aparte de las aptitudes que Cusachs poseía como artista, hallábase en condiciones especialísimas por sus conocimientos militares, ya que profesó la carrera de las armas, llegando á la categoría de capitán de artillería. Frisaba ya en los treinta años cuando trocó la espada por los pinceles, dedicándose por completo al cultivo de la pintura, por la cual había sentido desde sus pri-



Para dar al cutis fresca seductora y suave aterciopelamiento, las parisienenses usan la **CREMA DE SIVA** la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. **COMPANÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.** — De venta en todas las buenas perfumerías. — Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª.—Madrid.

Depositario en Buenos Aires: Marcelino Bordoy, 1150. Venecuela, 1134.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Siendo así, replicó Pedro sonriéndose, supongamos que entiendo de automóviles.

—Pues á probarlo. Sr. Morrison, ¿está todavía en el *garage* el suyo?

—Sí..., hasta esta tarde no han de venir á examinarlo.

—El caso es el siguiente, gruñó Billington. A ese Darracq han tenido que remolcarlo al *garage*... Se ha estropeado..., poca cosa, según creo, pero lo suficiente para que necesite una reparación. No le pido á usted sino que diagnostique aproximadamente el género de su dolencia; si acierta usted, tendremos un primer indicio de sus aptitudes. ¿Le conviene á usted?

A Dervilly esto le convenía perfectamente, porque si bien no había estudiado á fondo la construcción de los automóviles, creía conocerla; así es que aceptó la prueba y siguió á Billington, bajando con él en el ascensor que conducía á los patios, á las caballerizas y á los *garages*. Llegados á la planta baja, descendieron por una suave pendiente hasta un amplio local subterráneo en donde guardaban sus automóviles, no sólo los inquilinos de la casa, sino además numerosos abonados. Pedro calculó que habría unas seis docenas de vehículos en aquella especie de cuadra moderna, en donde una calle central, de treinta toesas de largo por lo menos, permitía efectuar alguna prueba sumaria. Todo respiraba limpieza en aquel local, alumbrado por lámparas de incandescencia.

—Me figuro que en Europa no tienen ustedes una cosa como esta, exclamó Billington.

—Ciertamente que no, respondió Pedro con indiferencia..., por lo menos idéntica; pero crea usted que tenemos amplios *garages*, cómodos y bien instalados. Por otra parte, ya sabe usted que nuestros automóviles son los mejores del mundo y que los de ustedes no ocupan sino el sexto lugar.

—No nos costará mucho alcanzarles.

—Ya lo veremos; veinte años hace que dura la lucha, y la verdad es que no avanzan ustedes extraordinariamente.

El rostro de Billington expresó una irritación fría. De pronto el yanqui adoptó la postura de un boxeador, pero luego se echó á reír.

—¡Bah! Es porque no hemos tomado aún la cosa á pechos. ¡Ya veremos!

—Fiar en el porvenir puede hacerlo cualquiera; es un procedimiento inofensivo, replicó tranquilamente Dervilly.

Billington frunció las cejas y cortó en seco una discusión cuya inutilidad reconocía. Y no volvió á hablar más, hasta que señalando el automóvil estropeado dijo:

—Ese es.

—Hermosa máquina, respondió Pedro deteniéndose delante de un magnífico sesenta caballos ligero y potente al par.

La máquina arrastraba un landó de color de es-

carlata con algunos escudos verde manzana que denunciaban el gusto de Morrison.

—Es la primera vez que flaquea. ¿Cree usted que

Dervilly se dedicó primeramente al diferencial, y su ojo perspicaz, ayudado algo por la suerte, descubrió en seguida la causa del desperfecto: uno de los piñones cónicos moviase casi imperceptiblemente por culpa de un tornillo que tendía á desprenderse. Sin decir nada á Billington, Dervilly reparó el mal y luego examinó el aparato de encender, en donde el defecto no se manifestaba tan claro.

—¿No es fácil, eh?, dijo Billington con cierta suavidad relativa, pues bien comprendía que el francés conocía el mecanismo.

—No mucho, respondió Pedro.

Pero casi en el mismo instante brilló en sus ojos una expresión de alegría, pues había descubierto un corto-circuito superficial fácilmente reparable. Un pequeño enlace y un poco de barniz aislador bastaron para arreglar el desperfecto.

Terminado su trabajo, incorporóse Dervilly.

—Hay alguna probabilidad de que la máquina funcionará mejor, dijo sonriéndose. ¿Quiere usted que reanudem las pruebas?

—Veamos, gruñó Billington descontento.

En cuanto la máquina echó á andar, vióse que el desperfecto estaba reparado; así lo reconoció el yanqui, dándose un gran puñetazo en el muslo.

—¡Caramba!, gritó dejando de pronto su tono de malevolencia. Ya veo que no es usted más manco con los mecánicos que con los ladrones, y he de confesar que ha procedido usted de un modo brillante.

—Habrá que consolidar, sin embargo, esta reparación, porque el tornillo se moverá si no lo sujetan bien. Además, creo que hay que examinar á fondo la...

—Esto es cosa del mecánico... Lo importante es que haya probado usted su habilidad, ¡y de qué manera! Subamos á ver á esos señores.

Al llegar al sexto piso hubieron de esperar á que los

dos socios hubiesen despachado á una porción de visitantes. Cuando éstos hubieron salido, Dervilly se encontró de nuevo delante de la mirada fría de Abbot y de los ojos fosforescentes de Morrison.

—Y bien, preguntó éste. ¿Entiende algo en máquinas el joven?

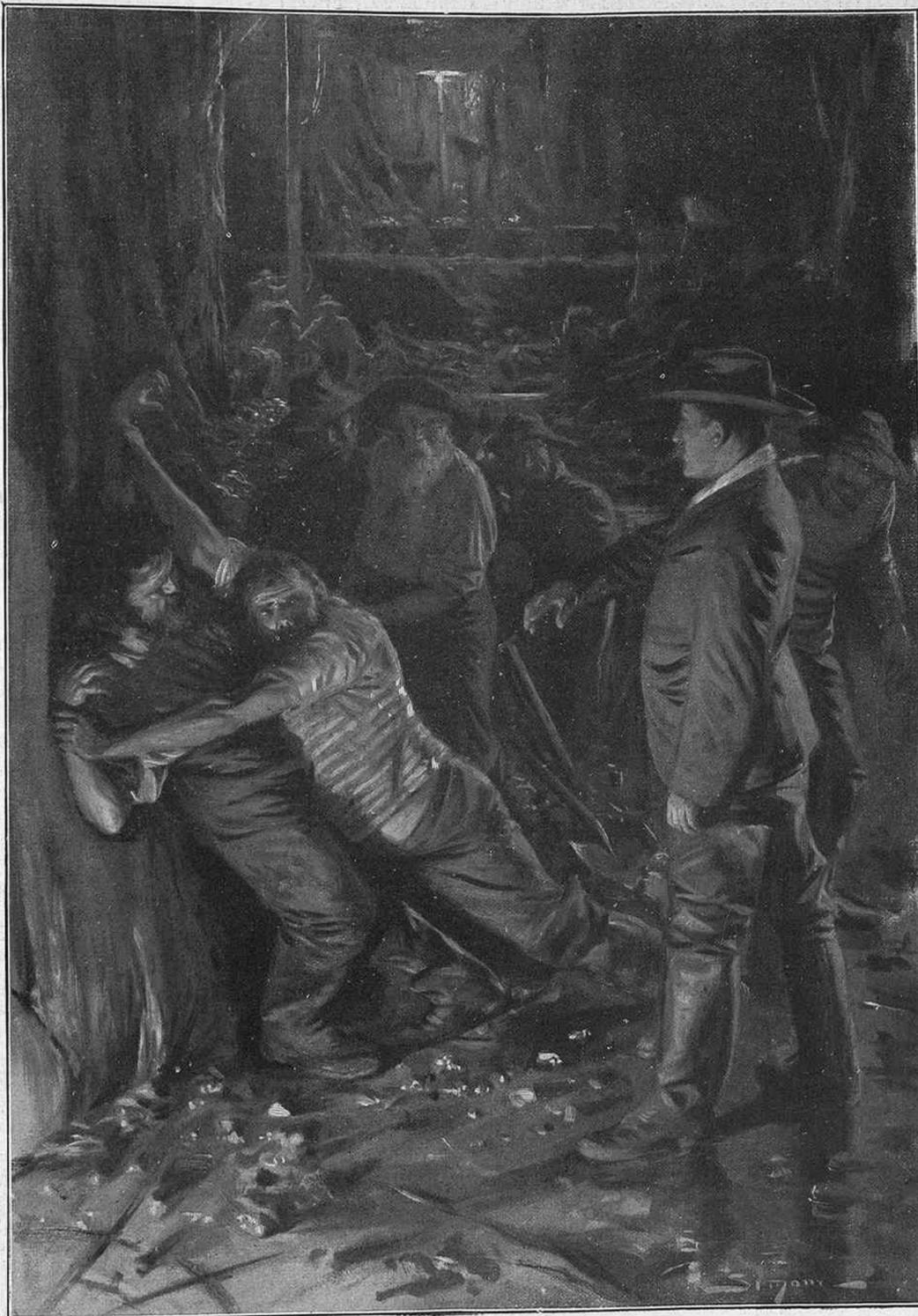
—He de decir con sinceridad, respondió Billington, que he conocido pocos individuos dotados de más rápido golpe de vista. El mismo Willingsgale no le supera.

—¡By Good!, murmuró Abbot con su voz glacial. No deseaba otra cosa, porque me habría disgustado deber mi cartera á un hombre vulgar... Y ahora, díganos, ¿qué quiere usted hacer? Puede usted elegir.

—Quisiera trabajar en una mina de oro, de plata ó de cobre, como ingeniero, por supuesto.

—¿De modo que resueltamente cree usted que en la mina ha de encontrar la suerte?, preguntó Morrison.

—Sí..., por ahora.



— Sam, dijo Pedro en tono bondadoso, suelte á ese hombre; la mina no es un *ring*

puede arreglarse aquí mismo?, preguntó Billington con cierta sorna que excitó al francés.

—¿Por qué no? De todos modos, veámoslo.

Ayudados por un negro y dos mulatos que estaban al cuidado del *garage*, colocaron el automóvil en la calle central.

—Yo me encargo de la calda, dijo instalándose en su asiento, mientras Dervilly ponía la máquina en marcha.

El automóvil echó á andar á la velocidad mínima y Pedro observó en seguida cierta irregularidad en el funcionamiento del diferencial, al mismo tiempo que unas sacudidas de mal augurio, y después de haber llevado el vehículo hasta el extremo del *garage*, dijo:

—Me parece que la cosa no tiene gran importancia... Si tienen ustedes las herramientas necesarias, pronto lo sabremos.

—Aquí tenemos siempre todo lo que se necesita, respondió Billington. ¡Tome usted!

—Sí..., por ahora.

—Perfectamente. Enviaremos á usted al Cañón del Grizzly; tenemos por allí una antigua mina de plata que no ha dado lo que prometía. Yo quería deshacerme de ella, pero mi socio no quiso.

—Habría sido preciso cederla con pérdida, dijo Abbot sonriendo maliciosamente, y calculo que se descubrirá un filón razonable que permita venderla con beneficio. Al que lo encuentre se le dará una buena prima; procure usted, pues, ser tan hábil como con el ladrón.

—¿Partirá usted antes de quince días?, preguntó Morrison.

—Cuando ustedes quieran; estoy dispuesto.

—Así me gusta... Pues parta cuando le venga bien, pero antes equípese usted, porque la existencia allí no tiene nada de agradable. En cuanto al sueldo, tendrá usted ciento cincuenta dólares al mes; si resulta usted incapaz, dése por despedido; si se porta usted simplemente bien, vegetará usted; si es usted hábil y trabaja usted de firme, no le escatimaremos la recompensa... Conque ¡buen viaje!

El apretón de manos de los socios fué casi cordial, y Dervilly salió de aquel despacho seguro de que había ganado la primera partida, partida insignificante sin duda alguna, pero que de todos modos era una buena base para un ancho porvenir.

XV

La mina de las Cavernas ocupaba una situación poco cómoda en una de las paredes del Grizzly Cañón, y se componía, como lo indicaba su nombre, de una serie de cavernas unidas entre sí por estrechos pasadizos y en las que se trabajaba con luz eléctrica, alumbrado poco costoso, aparte los gastos de instalación, porque era producido por el río del fondo, inagotable depósito de hulla blanca. El paisaje de las inmediaciones era formidable; la pared más alta elevábase á setecientos metros y era, en su primera mitad, vertical. En ella veíanse vertiginosos edificios de granito, de pórfido verde y de basalto; la torre de Babel parecía haber dejado allí sus gradas hendidas por el furor divino, y la imaginación veía en aquella mole las ruinas de Baalbeck, de las ciudades megalíticas, de las fortalezas construídas por los ciclopes y de las murallas levantadas por los fabulosos pelagos, torres góticas, hipóstilos de columnas medio destruídas, perfiles de mastodontes, de rinocerontes, de aueros ó de osos legendarios. Los vegetales talaraban las rocas con sus raíces horizontales: alerces rechonchos, abetos vertiginosamente colocados sobre el vacío, y en la parte baja, delgadas hayas de prodigiosa altura con una pequeña copa de hojas para recoger la luz. En verano, abundaban las flores, de colores brillantes, sostenidas por cortos tallos y hábiles en aprovecharse del sol que se asomaba apenas dos horas por encima de la pared menos alta. El musgo sobre todo y el líquen crecían con una fuerza invencible y eran el único alimento de los animales alpestrés durante el sombrío otoño y el crudo invierno.

Allí vivía una población de obreros rudos y más de la mitad de ellos salvajes: hombres de ojos duros como el cristal de roca, el acero y el jade, vestidos con trajes tan toscos como ellos y calzados con pesadas botas de cuero rojizo. No habitaban en el cañón, sino que por la noche, exceptuando los veladores, bajaban á una especie de aldea prehistórica situada seiscientos metros más abajo. En las márgenes del valle veíanse unas cuantas viviendas de madera pintada, varias máquinas y algunos edificios en donde se guisaba y se comía. En el flanco del peñasco, unos cables bajaban y subían las banastas del mineral. Un mal camino, practicado á cierta distancia del río, conducía á regiones más civilizadas.

Dervilly se presentó en la mina en una brumosa tarde de septiembre, siendo recibido por el superintendente, hombre joven todavía, de ojos de linca, enormes mandíbulas, nariz esponjosa y de color de berenjena, y cara gruesa, como rellena de jamón, de la que emanaba un fuerte olor á gin y á whisky irlandés. Detrás de él estaba un individuo pequeño que llevaba unos lentes de oro falso, y cuyo rostro flaco y enorme frente denotaban un carácter á la vez energético y soñador.

—Bien llegado!, dijo el superintendente. Supongo que no habrá usted venido á divertirse, porque este es el rincón de mundo más infame adonde pueda ser desterrado un cristiano. De fijo que los presidarios son más felices que nosotros, que hacemos vida de trogloditas... Y aun los trogloditas habían terminado su trabajo en cuanto habían dado muerte á su presa...

Hizo entrar á Pedro en una estancia estrecha y larga en la que había una romana, pesas, dos mesas, tres sillas y unas cuantas libretas.

—¡Mi despacho!, exclamó con sonrisa burlona. ¡Una pocilga!.. ¡Bebamos una copa de whisky!

A Dervilly no le pareció cortés rehusar aquella invitación, así es que dejó que el superintendente le sirviese una copa del fuerte licor y brindó con aquél y con el hombrecito de los lentes.

—Barro, frío, agua sucia de nieve, hierbas repugnantes, he aquí lo único que produce esta tierra, y añada usted á ello que trabajamos para el rey de Prusia, puesto que los gastos ascienden á seiscientos dólares diarios y apenas si recogemos igual cantidad en metal.

—Ha de haber una buena vena en alguna parte, dijo el hombrecito.

—¡Sí... á mil pies... en el granito!.. Jimmy Yellowground, es usted un utopista.

—Y de ello me vanaglorio, articuló con énfasis el interpelado. A la utopía debe la gloria nuestra América; por supuesto, á la utopía de la fuerza y de la riqueza. Pues bien: yo afirmo que esta montaña es inmensamente rica en plata; á cien yardas encima de nuestras cavernas hay un campo enorme que hará la fortuna de dos ó tres multimillonarios de la siguiente generación, aunque naturalmente serán precisos procedimientos nuevos, porque en nuestros días, la libra de plata extraída de allí costaría dos veces lo que vale. De modo que hoy por hoy no hay que pensar en la explotación de tal riqueza; pero de todos modos, ¿es posible que en una roca tan argentífera no haya venas ricas? ¡Todo consiste en encontrarlas!

—También hay los galeones de España... en el fondo del mar!, replicó con sorna el superintendente. Yo aseguro, por las botas de mi bisabuelo, que nada bueno se hará por aquí, á menos de tener una suerte endiablada.

Dicho esto, bebióse la segunda copa de whisky y cambió de conversación.

—Véne usted á substituir á Dick Shortfellow, dijo dirigiéndose á Pedro, y su trabajo consistirá principalmente en dirigir la obra de extracción en las cavernas. Como usted ve, no es un buen tratamiento contra el reuma... Shortfellow tuvo varias crisis del corazón y de los riñones... Y ahora, ¿quiere usted ver la mina?

—Estoy á su disposición.

—Jimmy le acompañará... Es su colega de usted y está encargado de la trituración... Procure entenderse con él... Tiene un genio de perro, y si las banastas se retrasan, prepárese usted á oírle.

—El señor exagera, replicó Yellowground encogiéndose de hombros; lo que yo quiero es que el trabajo se haga con pulcritud y regularidad. Vamos, Sr. Dervilly.

Jimmy condujo al recién llegado primeramente al Molino, en donde unos mazos enormes reducían á polvo cenagosos el mineral que vaciaban las banastas; un barro líquido se deslizaba sobre grandes planchas mercurializadas, dejando en ellas sus partículas de plata.

—¡Hermosas máquinas!, ¿verdad?, exclamó Yellowground con acento admirativo. ¿Tienen ustedes algo semejante en Europa?

—¡Pardiez, ya lo creo! Aunque ciertamente tenemos menos y no tan buenas como las de ustedes.

—¡Por supuesto! ¡Como que les endosamos á ustedes las malas!

Pedro se sonrió por el tono cándidamente desdeñoso con que fué dicha aquella frase.

—¡Oh, no tanto!, replicó. También nosotros sabemos fabricar nuestras máquinas... cuando es necesario.

—Nunca lo hubiera dicho, por lo menos en cuanto á los nuevos sistemas. Por de contado que imitarán ustedes nuestros tipos.

—Algunas veces...; pero generalmente las inventamos nosotros mismos.

—¡Tiene gracia! Qué, ¿les quedan á ustedes todavía inventores?

—No tantos como á ustedes, respondió Dervilly un si es no es impaciente; pero los europeos se inclinan á creer que los suyos son mejores que los de aquí.

Jimmy se echó á reír; tan cómica le parecía semejante pretensión.

—¿Ignora usted, entonces, que sin América aún estarían ustedes sumidos en las tinieblas de la Edad media?... No tendrían ustedes buques de vapor, ni el telégrafo eléctrico, ni el teléfono, ni el fonógrafo; serían ustedes una especie de chinos...

Hablaba con tal aplomo, con tan flemático orgullo, que Dervilly no pudo menos de reírse á su vez.

—¿De qué se ríe usted?, preguntó Yellowground. ¿Acaso no es cierto lo que digo?

—Me río de esos pobres europeos que se imaginan haber inventado la máquina de vapor, de la que el *steamer* no es más que una aplicación, y aun dicen

que un barco de vapor navegó por el Ródano antes de la Revolución francesa; que se figuran haber inventado la locomotora, y creen que el telégrafo, inventado por ellos, sólo ha sido perfeccionado en América; y que hasta pretenden seriamente que Riess hizo funcionar un teléfono diez años antes que Gray ó Bell, y que Cross descubrió el fonógrafo mucho antes que Edison. Pero lo más chocante de ellos, ó mejor dicho, de sus sabios, es que en todas esas máquinas no ven otra cosa que vulgares juguetes científicos cuyos principios era preciso haber descubierto antes; así, sin el electromagnetismo creado por Ampere y sin la inducción dinámica inventada por Faraday, no habría dínamos ni teléfonos... Y por último, llevan su inocencia hasta el punto de imaginarse que porque han definido el transformismo, fundamentado la química orgánica después de la inorgánica, patentizado con Pasteur el trabajo de los seres infinitamente pequeños, creado las ondas hertzianas antes de la telegrafía sin hilos, también descubierta en Europa, y bosquejado una nueva teoría de la materia después del descubrimiento de los rayos catódicos, de los rayos Röntgen, del radium, han dado pruebas de una ingeniosidad científica superior á la de los americanos.

—Me parece que está usted burlándose de mí, dijo Yellowground con tono brutal.

—No lo crea usted, respondió cordialmente Dervilly; pero ¿le halagaría á usted mucho que yo me burlase interiormente de su ignorancia en lo concerniente á Europa? Y por otra parte, una raza enérgica como la de ustedes, ¿no ha de saber soportar la contradicción? Vamos á ver, mi querido colega, ¿no es bastante ser la aglomeración humana más rica, más emprendedora y más activa del mundo? ¿No pueden ustedes dejar algo á los pobres?

Diciendo esto tendió su mano á Jimmy, que se la estrechó lealmente.

—¡Por vida de Roosevelt!, dijo éste. ¡Me gustan los hombres de carácter! Si todos los europeos defendiesen tan bien como usted su vieja tierra podrida, no los despreciaríamos. Vamos á visitar las cavernas; pero antes póngase usted un traje de minero.

Pocos minutos después metíanse en un cajón que los llevó á lo largo de la gran pared. A veces, el extraño vehículo rozaba las paredes; otras, elevábase por encima de una grieta ó de una depresión, y la sensación que aquello producía era mucho más vertiginosa que la de la barquilla de un aerostato, porque, aunque el cable funcionaba perfectamente, percibíase una oscilación alarmante, y cuando se echaba una mirada al paraje que se recorría, experimentábase la sensación real de la ascensión y sentíase un *cogido* por el abismo.

—Un tranvía endemoniado, ¿eh?, dijo riendo Yellowground.

De pronto cruzóse con ellos una vagoneta cargada de mineral, y Dervilly, creyendo que chocaban, cerró los ojos presa de un ligero vértigo; cuando volvió á abrirlos, cerníase en el vacío, encima de un terrible conjunto de peñascos rojos y de hendeduras.

—¡Ya llegamos!, exclamó Jimmy.

Detúvose el cajón y Dervilly hallóse en una plataforma bastante grande, al fondo de la cual abríase una especie de portal alto como el de Nuestra Señora.

—¡Las cavernas!, dijo su guía. Ahí dentro es donde va usted á buscar la fortuna por cuenta de los señores Morrison y Abbot. Si he de ser á usted franco, no me disgustaría estar en el puesto de usted, porque allá abajo se aburre uno lo que no es decible.

Mientras hablaba, caminaba delante de Pedro dirigiéndose hacia la entrada de las cavernas. Llegaron á una sala enorme de contorno irregular, cuya bóveda tenía una forma toscamente ojival y de cuyo techo colgaban algunas estalactitas á las que las lámparas eléctricas comunicaban un brillo de nieve, de nácar, de plata, las luces palpitaban como astros, se entrecruzaban á manera de cohetes y se repercutían en halos misteriosos ó en coronas de escarcha. Vislumbrábanse perfiles de ciclopes, melenas, rosetones, lustros de movedizas luces, destellos de girándulas, como si algún artista fabuloso, á la vez delicado, salvaje é incoherente, hubiese decorado la caverna.

Dos ó tres individuos de aspecto feroz arrancaban algunos pedruscos de la pared.

—Aquí no hay nada, dijo Yellowground. Se trabaja con la esperanza de descubrir una veta, pero en mi concepto el sitio bueno está en otra parte.

Una galería separaba aquella sala de la inmediata. Yellowground y Dervilly tuvieron cuidado de caminar arrimados á la pared, porque continuamente pasaban trenes, cargados unos, otros vacíos.

—¡Ajaja!.. ¡La sala buena!, exclamó el americano.

Era aquello un infierno húmedo y cálido; á la luz de una docena de lámparas eléctricas, veíase una

mezcla de seres flacos, armados de picos, máquinas, paredes de colores cambiantes, boquetes equívocos y amenazadores rincones oscuros. De la bóveda caía agua, y el suelo formaba una capa de lodo rugoso.

—Se perfora tanto como se puede, dijo Yellowground, pues no hay que abusar de los explosivos aunque no pueda prescindirse de ellos.

Dervilly contempló aquel infierno en donde iba a pasar la mayor parte del tiempo, y si bien le pareció espantoso, no sintió miedo ni repulsión. La idea de una existencia ruda no le disgustaba, porque en ella había de encontrar la fatiga y las inquietudes necesarias para combatir el recuerdo de Juana; además, á medida que se internaba en tierra americana, sentíase más dispuesto á la lucha. Si en definitiva había de ganar la partida, ¿no era justo y saludable que la ganase al precio de penosos esfuerzos?

Muy pronto su observación se concentró en los hombres. Eran éstos individuos de todos los territorios de América y de Europa y en su reclutamiento no presidía ninguna selección; se les atrapaba al azar, sin perjuicio de echar á los que no convenían. Los había de todas estaturas y calañas; entecos y robustos, astutos y violentos, inteligentes y estúpidos, pero todos con ojos febriles y alma enérgica. Por añadidura, la mayoría de ellos dábanse á la borrachera y al juego en cuanto se les presentaba ocasión, generalmente los sábados por la noche y los domingos.

De entre todos, dos llamaron especialmente la atención á Dervilly: el primero era un individuo de muy pequeña estatura, sobre todo á causa de la cortedad de piernas, y su busto tenía proporciones extravagantes; más profundo que ancho, con las costillas en forma de ojiva, sostenía unos brazos velludos, achatados lateralmente y terminados en manos de mono, cuya presa era formidable. Su frente presentaba una prominencia como la proa de un barco y con sus cejas como penachos proyectaba una gran sombra sobre los ojos de color de amatista en los que brillaba una mirada alarmante. Unas orejas delgadas, cubiertas de un pelo amarillo, unos cabellos como cerdas de jabalí y una boca enorme con dientes en forma de sierra completaban el físico de aquel extraño personaje. A pesar de todo, no desagradó á Pedro, quien le examinaba con una benévola curiosidad que el otro advirtió, puesto que irguió su tosca cabeza y dirigió una sonrisa al visitante.

—¿Ha echado usted el ojo sobre Sam el Perro?, preguntó Yellowground. ¡Valiente gorila! Diríase que tiene pez debajo de la lengua, de tal manera economiza sus palabras. ¡Eh, Sam! Ese señor es el nuevo jefe. Procure usted contestarle cuando le pregunte.

Sam movió la cabeza con aire de duda y golpeó con el pico la pared.

—Seguramente no había nacido para cristiano, dijo con sorna Jimmy... Figúrese usted que ese animal tiene una nariz más fina que la del mejor sabueso, es la pura verdad. Debiera haber nacido en los bosques ó haberse dedicado á la caza de Pieles Rojas... Mas con todo, no trabaja mal y al cabo del día ha hecho una buena tarea.

Dervilly había contestado á la sonrisa de Sam con un amistoso movimiento de cabeza, lo que hizo que aquél, después de haber reflexionado un rato, dijese:

—Bienvenido, señor.

—¡Por vida de Dowie y del mariscal Botha! ¡Habla!, exclamó Yellowground sonriendo burlonamente. Buen agujero para usted, si alguna vez necesita de su nariz.

El otro individuo era un hombre de seis pies de alto, de cutis color de canela, con las facciones características de la raza india. Llevaba el pantalón remangado hasta las rodillas y mostraba unos músculos admirables dignos de la pierna de Aquiles; también sus brazos denotaban un vigor excepcional y su pecho dibujábase debajo de la camisa tan amplio como el del luchador Pons ó el del atleta Sandow. Un tatuaje delicado cubría sus muñecas y una de sus mejillas; tenía una magnífica cabellera negra con reflejos violáceos que llevaba anudada en rodete; sus facciones eran nobles, extremadamente aguileñas, y sus ojos, aunque pequeños, no carecían de atractivo.

—Presento á usted, dijo Jimmy, á Chonn-Monn-Y Case... que sería el jefe supremo de los Ottoés, si los Ottoés no hubiesen desaparecido tan enteramente como el bisonte de las praderas. De esa tribu venerable no quedan más que él..., su mujer, sus dos hijos y una niña á quien recogió en una encarnizada refriega con los Pawnies Lobos. Anda buscando las armas de su gran antepasado, de su mismo nombre, y espera reconstituir su raza.

—Chom Monn-Y Case encontrará las armas de su abuelo dijo gravemente el indio, y su raza repoblará las praderas desde oriente á occidente.

—¿Y de nosotros que harán ustedes?, preguntó jovialmente Yellowground.

—A los blancos les llegará su hora. Los blancos han abusado de la pradera, de la selva, de la montaña y han arrancado su riqueza á la tierra profunda; la pradera, la selva y la montaña no alimentarán ya á los Rostros Pálidos y entonces los Ottoés crecerán innumerables entre los Grandes Lagos Salados.

Yellowground se echó á reír mientras el indio clavaba en él su mirada penetrante, en la que se revelaba la melancolía de las razas vencidas. A Dervilly no le parecían ridículos aquellos sentimientos del indio, hacia el cual le atraía una piedad simpática. Chonn, observador como lo fueron en todo tiempo los de su raza, volvió hacia el forastero su cara repentinamente sosegada.

—Chonn-Monn-Y Case, dijo, no habla por jactancia como una mujer ó un niño..., sino porque no quiere renegar de sus antepasados ni de sus descendientes delante de aquellos que se han apoderado de los pastos del Hombre Rojo. Chonn Monn Y Case no tiene nada más que decir.

Y volviéndose hacia la pared, púsose á trabajar.

—Veamos la tercera caverna, dijo el americano.

Aquella caverna era más grande que las anteriores, pero en ella trabajaban pocos hombres.

—Esto no va bien, observó Jimmy; se abren huecos y más huecos sin resultado, y sin embargo, aquí es donde se esconde la veta.

—¿Y en qué se funda usted para creerlo así?

—En nimiedades..., en la naturaleza de la roca... y luego en el olfato. ¿No cree usted acaso en el olfato?

—Creo en él como en la suerte. Sin el olfato, entiendo que las dos terceras partes de los grandes descubrimientos no habrían podido realizarse.

—Precisamente lo mismo que opino yo. Pues bien: yo creo que aquí se encontrará algo..., si no nosotros, nuestros sucesores. Procure ser usted... Ciertamente que trabajará usted para el mayor beneficio de los Sres. Morrison y Abbot; pero éstos, al fin y al cabo, no son unos perros, y si el hallazgo fuese importante, serían capaces de asignar á usted un diez por ciento de los beneficios y una prima, pues tienen por norma alentar á los prospectores, lo cual, por lo mismo que es público y notorio, les ha proporcionado negocios magníficos.

Dervilly, mientras iba andando, palpaba las paredes húmedas con la vaga superstición á que no se substraía nadie que de minas se ocupe. ¡Quién sabe si estaba allí la caverna de Alí Bajá, en donde descubriría los elementos de la felicidad! Un ruido de agua subterránea llamó entonces su atención.

—Es el abismo, dijo Yellowground al observar que escuchaba. Mire usted..., ahí está.

Y le señalaba un hueco de la pared delante del cual había un ligero parapeto. Pedro vió una abertura de unos ocho pies de diámetro que se hundía en las tinieblas y de la cual salían un rugido de torrente y un olor de humedad.

—Es muy hondo, dijo el yanqui; tiene unos ciento treinta pies y el agua corre por ahí todo el año.

—¿Ha bajado alguien á ese abismo?

—Sí... Hubo una ocasión en que creí que podría haber algo en él y me hice bajar con un doble cable; pero es imposible seguir el curso del torrente, pues no tiene orillas y presenta casi desde un principio una bóveda muy baja. En cuanto á la parte explorable de las paredes, subí algunas muestras..., pero no valían nada.

Dervilly, retenido por una atracción extraña, permanecía delante del abismo. El estudio de las aguas subterráneas le había cautivado siempre, porque en ellas, como en el fondo de los océanos, tiene la vida primitiva su refugio supremo. Allí se oculta en una eterna noche todo un sistema de ríos, de lagos, de pantanos, que no son estériles, sino que, por el contrario, albergan una misteriosa población ciega, á veces abundante, y vegetales primitivos que crecen en el agua ó en las orillas. Allí se puede soñar algún boceto de un mundo nuevo que, formándose al través de las edades, acabaría por ser comparable al mundo superficial del planeta.

La voz de Yellowground arrancó á Pedro de su contemplación.

—Apuesto á que bajará usted, dijo.

—Puede que sí, replicó Dervilly riendo.

—¡Es irresistible! Mientras no se llega al fondo, caliéntase uno la cabeza.

El francés no contestó, pero fijando una última mirada en las tinieblas preguntó:

—¿Se sabe si tiene el torrente alguna otra entrada?

—Nadie conoce ninguna; ignórase por dónde entra y por dónde sale.

Dervilly pensaba en el trabajo inmenso que aque-

lla agua había tenido que realizar durante los miles de años en que, según todas las apariencias, chocaba con las masas rocosas, mordiéndolas, disgregándolas y arrastrando bloques, guijarros y arenas en su impetuosa corriente. Y puesto que desde hacia tanto tiempo atravesaba cuarzos y granitos argentíferos, ¡quién sabe los tesoros que habria acumulado en alguna playa inaccesible ó en alguna cueva perdida en lo más profundo de la montaña! ¡Sí, quién sabe!

Pedro siguió á su guía por las fangosas penumbras sumido en sus meditaciones.

XVI

Una mañana, seis semanas después de su llegada, Pedro Dervilly vigilaba una galería que hacia abrir en el fondo de la segunda caverna. La antevíspera habíase empleado la dinamita, bien que con prudencia, pues quedaban aún muchas incógnitas respecto de la estructura de aquel lugar, y se quitaban los últimos escombros. Pedro estaba inquieto é impaciente; desde que había hecho empezar aquella obra, no había obtenido ningún resultado; el mineral que se extraía era más bien de calidad algo inferior al mineral medio de la misma caverna, y el superintendente comenzaba á refunfuñar. Si la empresa no tenía buen éxito, el nuevo jefe de extracción podía tener por seguro que se desacreditaba, á pesar de haber demostrado ser un hábil organizador y un ingeniero perspicaz, y ese descrédito alejaba indefinidamente la suerte que no sólo había de proporcionarle una posición, sino que, además, había de conquistarle la preciosa confianza de los señores Morrison y Abbot.

Consumido por la impaciencia, Pedro acabó por internarse en lo más hondo de la galería, en donde examinó detenidamente los productos de la extracción y luego las paredes. Después de aquel examen, su semblante se ensombreció: el producto continuaba siendo muy mediano.

—Procurad acabar con ese trozo, dijo á tres mineros que trabajaban en el fondo, señalándoles un bloque enorme que se movía hacia la derecha.

—No es cosa fácil, replicó uno de los obreros; parece que está á punto de caer y se resiste como si tuviera raíces. Pero en fin, allá veremos.

—Voy á enviaros refuerzos, contestó Dervilly, cediendo á un ligero acceso de cansancio.

Salió de la galería y echó un vistazo á su alrededor, cuando llamó su atención el ruido de una disputa: Sam el Perro, asegurado sobre sus anchas botas, hacia frente á un corpulento minero de Kentucky y rugía de una manera extraña; sus labios apartados dejaban ver las dos sierras brillantes de su dentadura; estaba ligeramente encorvado, con las manos hacia delante, en una actitud que tenía algo de la de un felino y de la de un oso. El kentuckiano, individuo fornido, de musculosos hombros y barba color de pan de especia, estaba con los puños en alto y profiriendo mil injurias gritaba:

—¡Hijo de perra! No sé cómo dejan entrar en una mina honrada á monstruos de esa calaña, de los que no sabe uno si son orangutanes ó sioux degenerados... Te digo y te repito que quiero trabajar aquí y que tú te irás más lejos.

—No, rugió Sam.

Y sus ojos brillaron como linternas.

—Entonces voy á trasladarte yo mismo.

El kentuckiano se arrojó sobre su adversario, pero se encontró con el vacío, porque Sam se había apartado hacia la pared, después de lo cual, convirtiéndose de agredido en agresor, cogió al corpulento minero por las muñecas. El otro retiró los brazos con tal fuerza que levantó al Perro, mas no logró desprenderse de él; entonces intentó darle un golpe con la cabeza, pero tampoco le salió bien esta maniobra y quedó medio caído sobre la peña.

Al ver esto, otro minero, que había presenciado la escena y hasta mostrado manifiesta simpatía por el kentuckiano, lanzóse á su vez contra Sam, empujándole brutalmente. Iba á continuar atacando á éste, cuando Dervilly, saltando con la ligereza del leopardo, interpúsose entre los combatientes, agarró por el cuello al de Kentucky y con un movimiento pronto, preciso y vigoroso lo arrojó á cinco pasos de distancia, gritando al mismo tiempo:

—¡A jugar limpio!

Estas palabras son siempre bien acogidas por los anglo-sajones, que no admiten que dos se peleen contra uno; así es que los mineros presentes dejaron oír un murmullo de aprobación. En cuanto á Sam, que no había soltado á su adversario, al que tenía apretado contra la pared, dirigió á su jefe una mirada de gratitud.

—Sam, dijo Pedro en tono bondadoso, suelte á ese hombre; la mina no es un ring.

(Se continuará.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN HALBTHURN (HUNGRIA), EN ZARAGOZA Y EN BARCELONA

D. ALFONSO XIII, D.^a VICTORIA EUGENIA
Y D.^a MARÍA CRISTINA EN HALBTHURN

Como recuerdo del viaje recientemente realizado por los soberanos españoles á Austria, reproducimos

en esta página dos interesantes fotografías referentes á la cacería organizada en honor de D. Alfonso XIII en la magnífica finca que el archiduque Federico posee en Halbthurn (Hungria). Esa posesión no es sólo un gran cazadero, sino también un importante establecimiento agrícola; una verdadera granja modelo, en donde el archiduque ha implantado las máquinas y los procedimientos agrícolas más modernos y en donde se ensayan todos los cultivos más adelantados, dedicando especial atención también á la ganadería.

Los reyes D. Alfonso, D.^a Victoria y doña María Cristina permanecieron allí seis días, durante los cuales el joven manarca pudo satisfacer plenamente sus aficiones cinegéticas cobrando 2.000 piezas de todas clases y acreditando una vez más sus extraordinarias y excelentes dotes de tirador.

D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA EUGENIA
EN ZARAGOZA

La capital aragonesa dispuso un entusiasta recibimiento á los reyes, que llegaron á ella á las ocho de la mañana del 28 de octubre último y fueron recibidos por las autoridades, corporaciones, senadores, diputados, aristocracia, muchas otras personalidades ilustres y un público inmenso.

Después de una salutación del alcalde Sr. Fleta, á la que contestó el rey con sentidas frases, encamináronse S. M. al templo del Pilar; cantóse un Tedéum, adoraron los soberanos á la Virgen y se dirigieron al palacio arzobispal, en el que estuvieron alojados durante su permanencia en aquella ciudad.

Tras breve descanso, los reyes con el señor Maura y su séquito encamináronse al recinto de la Exposición para inaugurar el hermoso monumento á los Sitios, obra del célebre escultor D. Agustín Querol. El secretario de la Comisión ejecutiva leyó un mensaje, descubrió el rey el monumento y el Sr. Moret pronunció un elocuente discurso explicando la patriótica significación del monumento inaugurado, discurso al que contestó con otro no menos elocuente el Sr. Maura, en nombre del rey. D. Alfonso felicitó calurosamente al señor Querol.

Después de la ceremonia, visitaron los reyes la Exposición, acompañados por el Sr. Paraíso y otros individuos del comité, y desde allí regresaron al palacio episcopal.

Al día siguiente, por la tarde, efectuóse el reparto de premios á los expositores, bajo la presidencia de

la capilla dedicada á las heroínas de Zaragoza y del monumento á Agustina de Aragón, obra admirable de Mariano Benlliure; pronunciaron discursos el arzobispo Sr. Soldevilla, el deán del Cabildo Sr. Jardiel y el Sr. Maura. Después los reyes visitaron el Hospicio y la Exposición, en donde se celebró la fiesta

de la Jota. Por la noche bailóse en el Casino un espléndido cotillón.

El día 30 asistieron S. M. al concurso hípico, y de regreso en el palacio arzobispal efectuóse la recepción oficial. A las tres y media de la tarde salieron los reyes de Zaragoza, marchando D.^a Victoria á Madrid y don Alfonso á Barcelona, adonde llegó á las doce menos cuarto.

En la capital aragonesa han sido los reyes incesantemente aclamados por la población en masa.

D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. — EXCURSIÓN Á LA COMARCA DEL ALTO LLOBREGAT.

Esta nueva visita de S. M., más que á Barcelona ha sido dedicada á varias comarcas de Cataluña, en donde la industria y la agricultura han alcanzado

gran desarrollo, y en las cuales, por consiguiente, habrá podido admirar D. Alfonso XIII los maravillosos resultados del esfuerzo de esta región por conseguir el grado de adelanto que han puesto á muchas de nuestras industrias al nivel de las mejores explotaciones del extranjero.

El rey, acompañado del Sr. Maura y de su acostumbrado séquito, salió de Barcelona el día 31 por la mañana en dirección á Manresa, en donde se detuvo unos minutos saliendo seguidamente en automóvil para Puigreig. Visitó allí la colonia y la fábrica del Sr. Pons y Henrich, y asistió á un Tedéum que se cantó en la iglesia de la colonia, en la que fué recibido por el obispo de Solsona, y al banquete dispuesto en su honor.

Terminada la comida, partió para Aviá, en donde los señores Rosal tienen establecida una importante colonia agrícola, que Su Majestad recorrió detenidamente, visitando la exposición de productos de la misma y enterándose minuciosamente de su organización y funcionamiento. Terminada la visita y después del lunch con que fué obsequiado, salió el rey para Berga. A su llegada, recibió en el salón del Ayuntamiento á los alcaldes y ayuntamientos de la comarca, y desde allí dirigióse á la casa del senador Sr. Farguella, en donde se le ofreció un te y presenció la típica fiesta de la *Patum*.

Desde Berga, fué S. M. á las minas de Figols, propiedad del Sr. Olano, en cuya suntuosa residencia celebróse un espléndido banquete, después del cual



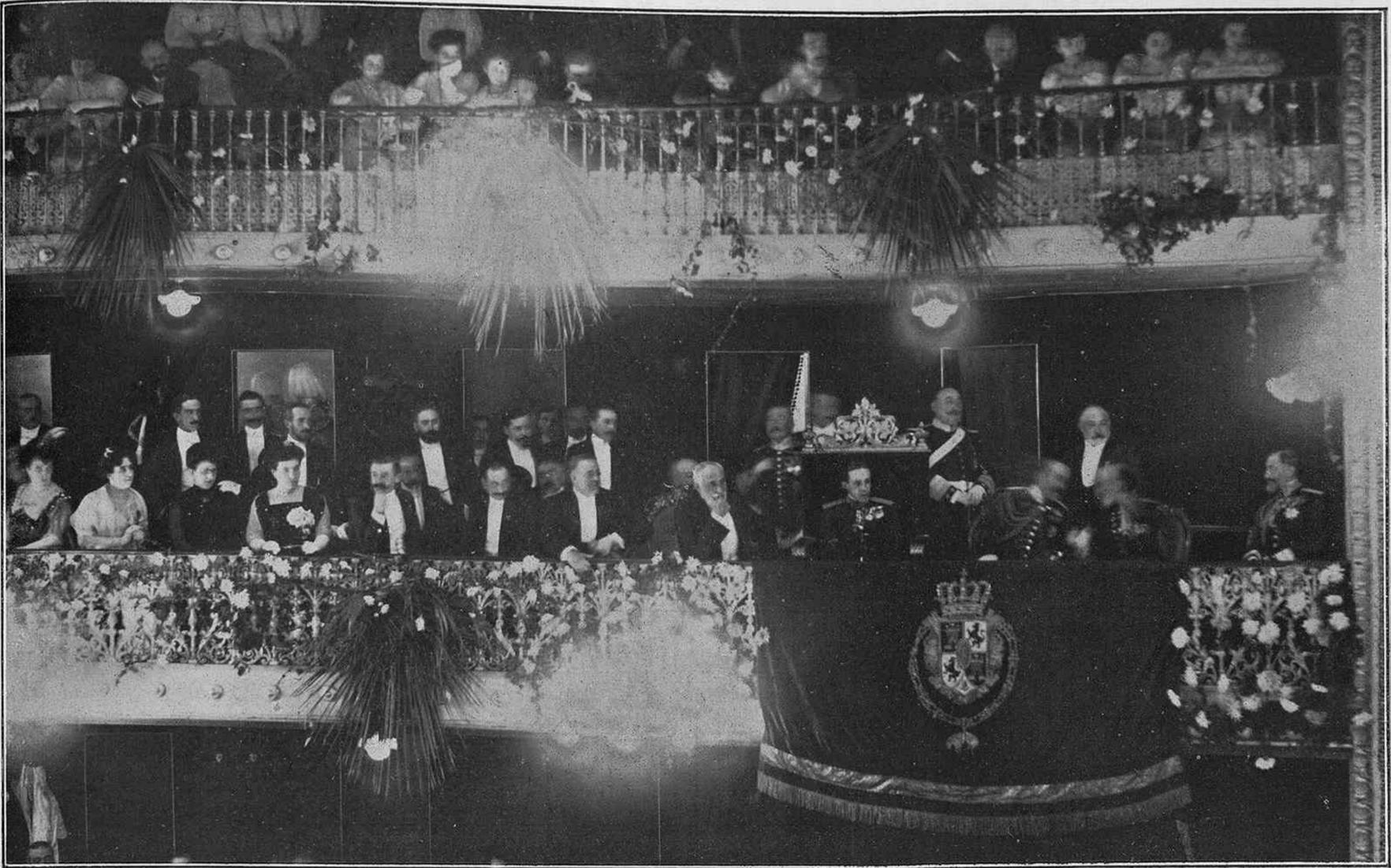
Los reyes de España en la finca que posee en Halbthurn (Hungria) el archiduque Federico. El rey D. Alfonso disparando sobre una pieza. A su lado, sentada, la reina D.^a Victoria Eugenia. (De fotografía de Harlingue.)

SS. MM. El salón del Casino de la Exposición ofrecía brillantísimo aspecto. El Sr. Paraíso pronunció un elocuente discurso, que fué contestado por el señor Navarrotreverter, como presidente honorario del Jurado hispano francés; hablaron también el señor Bauduin, delegado del gobierno francés, y el señor Maura, en nombre de S. M. Luego procedióse á la entrega de los diplomas á los expositores premiados.



Los reyes de España en Halbthurn. Las reinas D.^a Victoria Eugenia y D.^a María Cristina después de la cacería. A sus pies los trofeos de los ciervos cazados. (De fotografía de Harlingue.)

El día 29 por la mañana hubo gran parada militar, y terminada ésta, los reyes, con el Sr. Maura y otras personas de su comitiva, dirigieronse al edificio de la Facultad de Medicina para presidir la sesión de clausura del Congreso del Progreso de las Ciencias. Por la tarde S. M. presidieron la inauguración de



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona.—La función regia en el «Teatre Catalá.—Romea.»

(De fotografía de A. Merletti.)

retiróse el rey á descansar en las magníficas habitaciones que se le tenían destinadas.

Al día siguiente oyó misa en la capilla de la casa y tomó el tren que le condujo á Guardiola, desde donde en automóvil marchó á Pobla de Lillet. A su llegada efectuóse una recepción campestre, en la que desfilaron ante S. M. ayuntamientos, sociedades, diputados provinciales, somatén y niños de las escuelas públicas. Terminada la recepción, trasladóse á la fábrica «Asland», cuyas instalaciones visitó detenidamente, y luego fué obsequiado en la casa del señor Güell con un espléndido banquete. Aquella misma tarde regresó el rey á las minas de Figols, en donde pernoctó.

El día 2 visitó D. Alfonso las minas de carbón, recorriendo una de las galerías y presenciando algunas operaciones; de regreso en casa del Sr. Olano, oyó misa y partió para la colonia de D. José Monegal, en cuyo chalet le fué servido un magnífico almuerzo. Después emprendió el viaje de vuelta á Barcelona, adonde llegó á las siete de la noche, sin haberse detenido más que un rato en Artés, en el salón de cuyo Ayuntamiento se le ofreció un *lunch*.

Como resumen de la excursión regia, diremos que el rey fué recibido con gran entusiasmo por todos aquellos pueblos de la alta montaña y manifestó vivo interés por todas las explotaciones agrícolas é industriales que visitó.

Por la noche asistió á la función de gala del teatro Romea, cuya sala de espectáculos presentaba un aspecto brillantísimo. Representáronse *La Sirena*, cuadro de costumbres en un acto de Apeles Mestres, y la popular comedia en tres actos de Federico Soler (*Pitarra*) *La dida*.

El día 3, por la mañana, visitó la Universidad y revistó las tropas en la gran parada, de que damos cuenta en otro lugar de este número; por la tarde estuvo en la fábrica de automóviles «La Hispano-Suiza», y por la noche asistió al teatro Eldorado, en donde se representaron el entremés *El flechazo* y la comedia *Las de Caín* de los hermanos señores Alvarez Quintero.—X.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Géptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse: el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".
FUMOUZE - PARIS

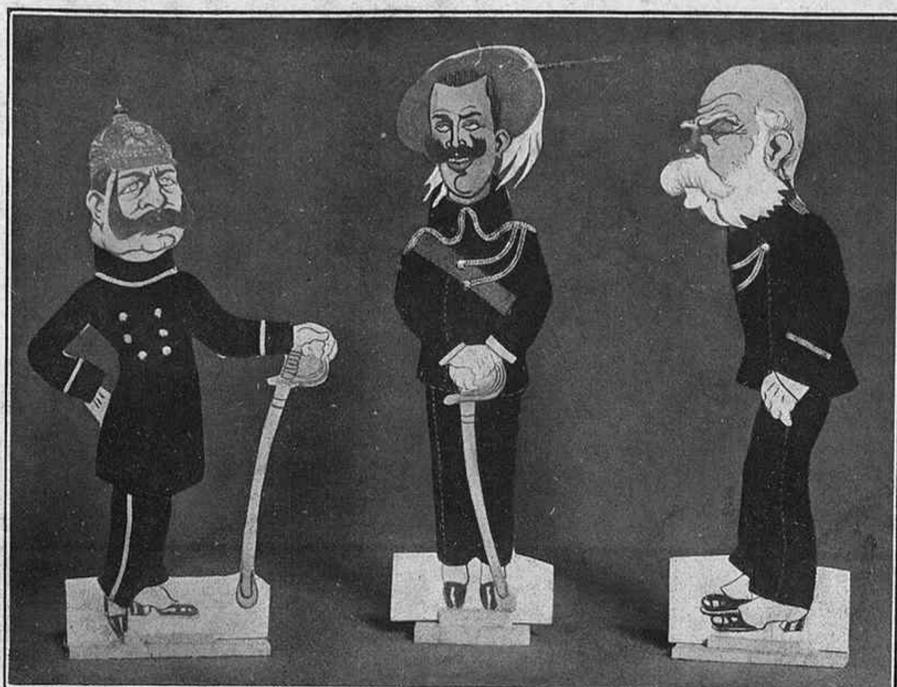
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

CARICATURAS DE JEFES DE ESTADO COMO OBJETOS DECORATIVOS DE HABITACIONES



La triple alianza.—Guillermo II, Víctor Manuel III, Francisco José



La inteligencia cordial.—M. Fallieres, Nicolás II, Eduardo VII

(De fotografías de C. Delius.)

Es indudable que la caricatura en pocas partes florece tan naturalmente como en Francia. El *esprit français* es proverbial, y del mismo modo que ningún pueblo aventaja á aquel en el *bon mot*, en la palabra ó frase gráficas que ingeniosamente sintetizan un orden de ideas ó explican un hecho tomándolos en su aspecto finamente ridículo, así también en orden á las artes gráficas llévanse los franceses la palma en la manera de satirizar un acontecimiento, desde el más trascendental al más insignificante, ó de mostrarnos caricaturescamente los rasgos característicos de un personaje, sea éste de la más elevada alcurnia ó de la condición más humilde.

Además, en esto como en otras muchas cosas, tienen los franceses como nadie el don y el sentimiento de la oportunidad, elemento indispensable cuando de la caricatura se

trata. Ahora mismo está llamando la atención en París una serie de figuras caricaturescas de los jefes de los principales Estados. Los grabados adjuntos reproducen algunas de ellas y su contemplación nos releva de encomiar el arte y la gracia con que están hechas: Guillermo II, Víctor Manuel III y Francisco José, los soberanos de la Triple; Eduardo VII, Nicolás II y el presidente Fallieres, los de la *entente cordiale*, se nos presentan tales como son en lo físico y en lo moral, por supuesto, con la exageración propia de las caricaturas, de tal manera que mirándolos, no sólo vemos sus veras efigies, sino que además penetramos en sus intenciones y comprendemos el papel que cada uno de ellos desempeña en el grupo en que está incluido.

Esas figuras, cuyos trajes son de tela, están destinadas á ornamento de habitaciones.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

EXIGIR LA CANTIDAD

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS
B^o St-Denis, 46

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN